

LA ACTITUD INDIGENA ANTE LA MUERTE EN LA MONARQUIA INDIANA

Mario Humberto Ruz

*Tú te estás mofando : nada somos,
en nada nos tienes,
tú nos aniquilas, ¡tú nos destruyes aquí!*

Poema náhuatl

*...Se dicen discurriendo desacertadamente/los
impíos/:*

*"Corta es y triste nuestra vida;
no hay remedio en la muerte del hombre
ni se sabe de nadie que le libre del Hades.
Por azar llegamos a la existencia
y luego seremos como si nunca hubiéramos sido.
Porque humo es el aliento de nuestra nariz
y el pensamiento una chispa del latido de
nuestro corazón;
al apagarse, el cuerpo se volverá ceniza
y el espíritu se disipará como aire inconsistente.*

*...
Paso de una sombra es el tiempo que vivimos,
la muerte no torna sobre sus pasos;
una vez puesto el sello, nadie regresa.*

*Así discurren, pero se equivocan;
les ciega su maldad;
no conocen los secretos de Dios,
no esperan recompensa por la santidad
ni creen en el premio de las almas intachables.
Porque Dios creó al hombre incorruptible,
le hizo imagen de su misma naturaleza;
mas por envidia del diablo entró la muerte en
el mundo,
y la experimentan los que le pertenecen.*

De la arbitrariedad divina a una doctrina de salvación

Le dijo la simple y sencilla mujer que no quería comerle, porque les había dicho Dios que morirían por ello; pero a esto les responde el tentador y dícele: no moriréis, mas antes quedaréis como dioses de la tierra, como quien dice, tendréis vida para siempre. Créese de esta palabra esta flaca e inconsiderada mujer, y come; y por donde pensó eternizarse y hacer vida para siempre (que es propio de sólo Dios) por ahí se hizo mortal y perecedera, que aunque es verdad que lo era y tenía potencia de morir, no se redujera a acato esta potencia sino que sin llegar a morir le diera Dios gloria. De manera que por donde quiso Eva vida, por ahí se fue derecha a la muerte.¹

Así, antiguo como el principio de los tiempos, el temor humano ante la muerte y el rebelarse ante ella expresado en el deseo de inmortalidad; temor que, por la pérdida, aun al fiel cristiano aprieta como sabiamente apunta Torquemada:

...que dado caso que no debemos sentir la muerte, en cuanto es tránsito y pasaje de esta vida mortal a la inmortal y eterna, y que sabemos que esta ida es forzosa y cierta, con todo la sentimos en cuanto carecemos de su vista y se pierde en este apartamiento la comunicación que le teníamos, la cual, en esta pérdida, nos obliga a tener dolor y derramar lágrimas.²*

Los antiguos moradores de Mesoamérica no constituyeron excepción ante tal fenómeno. De allí, a decir del cronista, la reverencia que se tenía en Cholula a Quetzalcoatl o en México a Centeotl, deidades que no admitían sacrificios humanos,³ o el temor ante Tezcatzoncatl, "el ahorcador", "el que ahoga en agua", deidad del aguardiente que hacía morir o suicidarse a los indios bajo los efectos de la embriaguez.⁴

1 Torquemada, 1975-1979, v. III, lib. VI, p. 120.

2 Torquemada, ob. cit., v. IV, lib. XIII, p. 286.

3 Torquemada, ob. cit., v. III, lib. VI, p. 84-85.

4 Torquemada, ob. cit., v. III, lib. VI, p. 95. De la Garza (1978: 110) apunta que siendo la muerte algo fatal, ni Mictlantecuhtli entre los nahuas, ni Hun Ahau entre los mayas tenían adoradores; "no era necesario rendir culto a un dios cuya influencia es inevitable, pues el culto tiene el sentido de propiciar algo que puede no recibirse". Esta idea, aunque interesante, resulta discutible, pues se nos antoja que se restringe el término "culto" a aquel meramente propiciatorio.

Pero, a diferencia de lo registrado en otras culturas, las mesoamericanas no participaban de la idea de que la existencia en el más allá dependiese del comportamiento moral a lo largo de la vida terrena;⁵ sometidos al arbitrio de los dioses desde el nacimiento mismo, los hombres de la América Media, marcados por una predestinación rigurosa,⁶ podían de algún modo atenuar o neutralizar incluso el rígido determinismo divino con objeto de hacer llevadera su existencia, pero muy raramente eran capaces de alterar su suerte final.⁷

Larga se antoja la distancia entre los conceptos cristianos de la muerte como un mero tránsito hacia una vida más plena, y la de los tlamatimime que expresan en sus cantos la angustia ante el misterio del destino final; misterio que se consideran incapaces de develar.⁸ Si para el cristiano una vida recta equivale a la seguridad de una beatífica existencia futura, para el náhuatl tal comportamiento sólo puede proporcionar la certeza de obtener de los dioses la felicidad sobre la tierra;⁹ más allá es el reino de la duda y la incertidumbre,

¿He de irme como las flores que perecieron?

¿Nada quedará de mi fama aquí en la tierra?

Al menos mis flores, al menos mis cantos.

Sin duda algunos entrevieron, o acaso sería más correcto decir desearon entrever, la posibilidad de un destino ulterior,

"Ciertamente otro sitio es el de la vida"

pero muchos hubieron de contentarse tan sólo con anhelarlo:

*"Ojalá siempre se viviera,
ojalá nunca tuviera uno que morir".¹⁰*

5 De la Garza, ob. cit.: 89, 109.

6 Soustelle, 1955:140.

7 Fundamental para este tema es, por supuesto, el texto sobre filosofía nahua de León Portilla (1979) Sobre las posibilidades de contrarrestar las influencias nefastas, véanse las páginas 192-202.

8 León Portilla, ob. cit.: 212.

9 León Portilla, ob. cit.: 210.

10 Sobre estas, que León Portilla considera las tres actitudes de los filósofos nahuas ante la muerte, véase el capítulo titulado "El problema de la supervivencia en el más allá", en pp. 203-217.

La idea de que una vida recta era importante para obtener el bienestar ultraterreno, introducida con la conquista espiritual, vino a trastocar profundamente los valores prehispánicos. Ya no importaba más que se hubiese nacido bajo un día con carga nefasta ni era necesario morir durante el primer parto o la batalla para acceder a un tipo privilegiado de paraíso en vez de perderse en "el lugar de los descarnados";¹¹ el paraíso se abría con tan sólo recibir las aguas lustrales, quedando al libre albedrío humano la posibilidad de mantener franco el acceso. Y muchas veces ni siquiera el observar una vida cristiana era condición *sine qua non* para ello; bastaba confesarse en el momento justo, antes de la muerte, para violentar el paraíso. Elección riesgosa por cierto, dado que el deceso podía ser imprevisto, pero reflejo en todo caso de que existía, al menos, una posibilidad que a los antiguos les había sido negada. ¿De allí acaso el extraordinario apego de los indios al sacramento de la penitencia?, no es improbable, y no serían tampoco ellos los únicos; allí están los *Ars Moriendi* para hablarnos de la fe con que los propios "cristianos viejos" se acogían a esta postrera pero infalible oportunidad.

Limitados para manipular directamente su futuro, y temiendo que éste no les fuese tan favorable, los prehispánicos se conformaban con pedir a los dioses les alargasen la permanencia en el mundo terreno.¹² Y si bien es cierto que el concepto de muerte sagrada, aquella cuyo objeto y fin era nutrir a los dioses con una energía inmortar, se presenta entre los antiguos, no sería sino hasta el advenimiento del cristianismo cuando el indígena entrevea la posibilidad de una existencia ultraterrena *para sí*, no ya sólo para los dioses; posibilidad ésta que sin duda hubo de convulsionar la actitud que hasta entonces se tenía ante la muerte.

Nuevos temores habrían de hacerse, por lo mismo, cotidianos para los vencidos, al grado que hicieran exclamar al hombre maya

*Amenazador es el aspecto del rostro de su Dios. Todo cuanto enseña, todo cuanto dice, es: "vais a morir".*¹³

.....

¡Vuestros dioses se han derrumbado, hombres mayas! ¡Los

11 León Portilla, ob. cit.: 208.

12 Tal se registró entre los mayas de Tabi y Chunchuhchu, según consta en las *Relaciones Histórico Geográficas de la Gobernación de Yucatán*, 1983, v. I: 164.

13 Chitam Balam, citado en Wachtel, 1976:57.

*habéis adorado sin esperanza!*¹⁴

Las alusiones que Torquemada hace en su extensa obra sobre la actitud de los moribundos son, por desgracia, muy escasas; preocupado por dejar testimonio del afán misionero de sus hermanos, gran parte de ellas inciden sobre la serena prestancia y el cristiano gozo de quienes morían tras años de labor fecunda y con la satisfacción del deber cumplido, cuando no aluden a la actitud heroica, y a veces francamente temeraria, de aquellos que consumidos por su celo buscaron, más que encontrarlo, el martirio.¹⁵

El tema de la muerte entre los indígenas, que se muestra rico en lo relativo a ceremonias prehispánicas, toca de manera muy tangencial lo referente a la actitud de aquellos que se enfrentaron al que era, desde su peculiar posición cristiana, el terrible umbral del juicio para el idólatra. Ciertamente es que fray Juan nos dejó el testimonio de algunos indígenas recién conversos que apuraron cristianamente el trance, trastocando así lo que debió ser principio de condenación eterna en inicio de beatitud sin fin. Tales ejemplos se antojan mera repetición de actitudes inscritas en un rígido marco común en el que varían apenas los nombres de los lugares donde ocurrieron o los de los frailes que de ellos dejaron constancia, pero esto corresponde sin duda a la finalidad misma de la narración: hacernos partícipes del clima en que mueren estos nuevos cristianos; y en el fondo sólo una, apacible por serena; gozosa por confiada, es la muerte del justo.

La pluralidad de la muerte gentil

Los testimonios que nos legara Torquemada sobre la actitud que ante la muerte guardaban los indígenas antes de su cristianización, atañen sobre todo a tres grupos étnicos: totonacas, purépechas y, en forma privilegiada, nahuas. Dependiendo de si hacen referencia a la muerte ocurrida en ceremonias sacrificiales o no, las hemos subdividido. Por otra parte, dado que el sacrificio es tema de otro estudio, nos detendremos apenas en la actitud que guardaba la víctima sacrificial antes de su holocausto, sin incidir en el rito propiamente dicho, ni mencionar aquellos en los cuales no se dé cuenta de dicho aspecto.

14 Chitam Balam, en Wachtel, ob. cit.: 56.

15 Véase al respecto el libro XXI de Torquemada.

La víctima dedicada a Tezcatlipoca, el mancebo "más hermoso que hallaban de los cautivos", tras un año de haber sido regalado y honrado como semejanza del dios, conocía de dos nuevos privilegios poco tiempo antes de su muerte: el ofrecimiento de cuatro doncellas "hermosas y cortesanías, criadas para sólo este efecto", a quienes tenía acceso veinte días antes de la festividad, y diversos agasajos durante los cinco días previos a ésta.

*Llegado el día de esta fiesta, llevábanlo al templo y cu de este maldito dios Tezcatlipoca, llamado Tlacuchcalco, y antes de llegar al templo, en otro lugar llamado Tlapitzahuayan, se le apartaban las cuatro mujeres que aquellos días le habían acompañado y tenido por mujeres; y en llegando al lugar donde había de ser sacrificado, él mismo se subía por las gradas arriba, haciendo posa y parada en cada una y quebrando una de las flautas con que aquellos días había tañido y solazado, y puesto ante las andas del ídolo acompañaba la procesión dicha, la cual concluida, le tenían en el templo hasta la hora que era de su sacrificio...*¹⁶

Acabados los convites, el mancebo salía del templo.

*Y por remate de la fiesta, haciéndole todos reverencia, como a la semejanza de su dios. Salían tras él los cinco ministros del sacrificio, y echándolo sobre la piedra, llegaba el sumo sacerdote con grande reverencia y abríale el pecho y sacaba el corazón y hacía con él la ceremonia acostumbrada.*¹⁷

Según se desprende del texto, la muerte del elegido transcurría sin obstáculo ni intervención particular alguna de su parte; actitud muy diversa de la que se patentiza en otros sacrificios, donde las víctimas podían elegir la hora misma de su muerte, apresurando así el terrible momento y con él, tanto el deseo de gloria como acaso el temor que, pese a la profunda convicción religiosa debía estarle ligado; o algunos más donde la víctima tenía que ser conducida con engaños al altar.

Como ejemplo de lo primero tenemos el del *ixtecoale*, cautivo representante de Huitzilopochtli, elegido el mismo día que el anterior y

16 Torquemada, ob. cit., v. III, lib. X: 376-77.

17 *ibid.*

honrado como éste, aunque —precisa el cronista— sin considerársele encarnación del dios.¹⁸

Las diferencias entre ambos personajes se hacen patentes también en el vestuario ("muy ataviado y galán" el primero; "muy aderezado de atavíos muy vistosos, aunque poco costosos" el *ixtecoale*)¹⁹ y en su participación en los festejos, pues mientras que el representante de Tezcatlipoca, tal como debía de corresponder a una encarnación divina, permanecía en el templo durante ellos, el de Huitzilopochtli tomaba parte activa en las danzas:

*Y después de haber danzado se ofrecía a la muerte, él, de su voluntad, sin obligarle nadie a ella, y esto a la hora que quería, tarde o temprano, conforme le parecía o se le antojaba; y muchos no tardaban mucho en ofrecerse y ponerse en las manos de aquellos infernales carniceros, pareciéndoles que lo más que tardaban perdían de gloria y bienaventuranza en la otra vida; porque tanto como esto los tenía engañados el Demonio en esto de estimación y fama.*²⁰

Otro caso de inmolación voluntaria se deduce de lo referido en ocasión de los festejos a las diosas Xochiquetzal y Xochitecatl, donde, además de los sacrificios de doncellas, "en memoria de los amores",

*se manifestaban las mujeres públicas y deshonestas y se ofrecían al sacrificio en traje conocido y moderado... Este género de mujeres era muy deshonesto y desvergonzado, y cuando se arrojaban a morir se iban maldiciendo a sí mismas y diciendo muchas deshonestidades, infamando a las mujeres buenas, recogidas y honradas.*²¹

No debe pensarse, empero, que esta temeraria actitud se registrase sólo durante los festejos; estas mujeres, conocidas también como *maqui* o entremetidas, "se aventuraban en las batallas y muchas de ellas se arrojaban a morir en ellas".²²

18 Torquemada, ob. cit., v. III, lib. X: 383.

19 *ibid.*

20 Torquemada, ob. cit., v. III, lib. X: 384.

21 Torquemada, ob. cit., v. III, lib. X: 427.

22 *ibid.*

Es de remarcar la alusión de Torquemada al traje "moderado" que portaban las mujeres al ofrecerse en sacrificio; atavío que contrasta vivamente tanto con el calificativo de deshonestas y desvergonzadas que se les aplica, como con la actitud hostil y agresiva que exhibían frente a las mujeres "honradas".

El papel marginal que guardaban las prostitutas ante la sociedad parece hacerse consciente en esta doble actitud de rebeldía y pública penitencia ("se iban maldiciendo a sí mismas") que intentaba sublimarlas por medio de la muerte, y queda explícito en las líneas que continúan el texto:

*Salían en esta fiesta, asimismo, los hombres afeminados y femeniles en hábito y traje de mujer. Era esta gente muy abatida y tenida en poco y menospreciada, y no trataban éstos sino con las mujeres y hacían oficios de mujeres...*²³

Pública manifestación del binomio caos-orden, no deja de antojarse trágica esta especie de carnaval donde los afeminados habían de travestirse y las prostitutas ofrecerse en sacrificio, buscando con ello un lugar en la sociedad y, acaso, una expiación ante los dioses y la propia comunidad.

Del segundo caso, el de las víctimas llevadas con engaños al sacrificio, destaca el realizado en honor de Tocitzin, madre de los dioses.

Durante el mes de Uchpaniztli se elegía a una mujer para representar a la diosa; se le aderezaba y ornamentaba, y, acompañada de gran número de mujeres participaba en jocosos juegos durante cuatro días.

Todo esto era a fin de que... anduviese alegre, recogijada y risueña y que no entendiese que tan de próximo había de morir, ni llorase, ni se entristeciese, porque cualquiera cosa de éstas las tuvieran por muy mal agüero y contrario al sacrificio. Llegaba la noche en que había de morir, componíanla y aderezábanla muy ricamente y con mucha curiosidad, haciéndola entender que era para que fuese a dormir y pasar algún tiempo y horas con algún gran señor o

23 Ibid.

*príncipe; y con este engaño y mucho silencio la llevaban al cu y templo donde había de morir y ser sacrificada... y de este modo fenecía su vida la que pensaba que iba a tener alegre aquella noche y regalada.*²⁴

Las referencias que sobre la misma fiesta hace Sahagún nos permiten precisar el objeto de mantener a la víctima alegre: si se mostraba triste o lloraba, esto significaba que habían de morir muchas mujeres durante el parto u hombres durante las batallas.²⁵ Fenómeno totalmente contrario al descrito para las fiestas del primer mes, Atlahualo o Quauitleoa, donde se tenía por excelente augurio el que los niños destinados al sacrificio llorasen pues se consideraba que, por un mecanismo de magia simpática, vendrían pronto las lluvias.²⁶

Aunque Torquemada no hace alusión a ello, sabemos por Sahagún que las víctimas no sólo se entristecían con su suerte, sino que algunas trataban de evitarla, resistiéndose al sacrificio o intentando incluso escapar.²⁷

Entre estos dos extremos, los que se ofrecían de buen grado al sacrificio y quienes lo hacían engañados, se registran en la obra de fray Juan otros ejemplos que parecen más acordes a la flaca naturaleza; aquellos que atañen a quienes, aunque conscientes de la carga religiosa de su sacrificio no debían de dejar de enfrentarse temerosos a su destino. Así vemos que en algunos casos, a más de los bailes, ayunos, honores y exhortaciones, que contribuirían sin duda a provocar una especie de éxtasis ritual en las víctimas, predisponiéndolas a la muerte, tal como se deduce en forma clara en lo referido sobre la fiesta a Xilonen, donde las sacerdotisas de la diosa bailaban y cantaban largas horas junto con la víctima animándola a que muriese con ánimo y así, pasada toda la noche en vela,

salían todos los hombres nobles y gente de guerra y comenzaban un muy solemne baile en el cual metían a esta mujer triste y desventurada (que no sé cuál estaría, según es ya mucho el tiempo y más las horas que había bailado y cansado su mal logrado

24 Torquemada, ob. cit., v. III, lib. X: 396-97.

25 Sahagún, 1979: 132.

26 Sahagún, ob. cit.: 99.

27 Sahagún, ob. cit.: 101, 153.

*cuero); acompañaban a algunas doncellas vestidas de su misma librea; guiaban los hombres y seguían las mujeres. Llegada la hora daban con ella en el tajón, y muriendo se acababa la fiesta y el día con ella.*²⁸

Además de esta embriaguez sacra, como decíamos, se reportan casos en que la víctima era drogada. Tal ocurría en ocasión de la fiesta de Xiuhtecuhtli, dios del fuego, en la cual, tras continuas y fatigantes danzas

*ataban a los cautivos de pies y manos y tomaban ciertos polvos de una semilla llajada yauhtli y polvoreaban las caras con ellos para que perdiesen el sentido y no sintiesen tanto la muerte cruel que les daban. Hecho esto, cargábanlos a las espaldas o poníanlos sobre sus hombros y comenzaban de nuevo el baile y, dando vueltas alrededor del fuego, iba cada uno echando en él al que llevaba... El mísero cautivo que estaba en medio de las llamas y encendidas brasas del fuego, comenzaba a quemarse y a sentir los crueles dolores del tormento, pero sufríalos a más no poder, si acaso tenía sentido para sentirlos y no estaba privado de él con los polvos y remedios que le habían dado.*²⁹

Que ni la efervescencia religiosa ni las medidas físicas eran suficientes para acallar el temor de todas las víctimas se desprende de otro pasaje del texto cuando, al describir la fiesta de la diosa Iamatecuhtli ("principalavieja"), se asienta que una de las ceremonias acostumbradas era

*elegir una mujer que la representaba vestida con sus vestiduras y propias insignias. Esta salía a bailar sola, a la cual le hacían el son y le cantaban unos viejos muy venerables. A esta mujer le era permitido llorar y entristecerse mucho (caso negado en otras que morían otros días) y así se entristecía, suspiraba y lloraba con la memoria de la muerte que de próximo y cerca esperaba.*³⁰

Permitido o no, el acongojarse parece haber sido conducta no poco

28 Torquemada, ob. cit., v. III, lib. X: 390.

29 Torquemada, ob. cit., v. III, lib. X: 395.

30 Torquemada, ob. cit., v. III, lib. X: 408. A decir de Sahagún, tal mujer era una esclava comprada por los calpixque. (ob. cit.: 148-49).

usual; así se desprende al menos de varias informaciones recopiladas por Sahagún. Por ejemplo, durante las fiestas del mes de Quecholi, "las mujeres, cuando subían las gradas unas cantaban y otras gritaban, y otras lloraban; iban llevándolas por los brazos algunos hombres, porque no desmayasen"; o para las de Panquetzaliztli, cuando "iban los esclavos que habían de morir a las casas de sus amos a despedirse.../e/ iban así cantando con muy alta voz que parecía que rompía el pecho... y poníanles comida en casa de sus amos y en casa de sus parientes, y algunos que tenían buen corazón comían y otros no podían comer, con la memoria de la muerte que luego habían de padecer". Y algunos de los cautivos que debían escenificar un combate ritual durante los festejos en honor de Xipe Totec y Huitzilopochtli, en el mes de Tlacaxipehualiztli, "viéndose sobre la piedra atados, luego desmayaban y perdían el ánimo, y como desmayados y desanimados tomaban las armas, mas luego se dejaban vencer y los sacaban los corazones sobre la piedra".³¹

Una sola anotación encontramos en la obra de Torquemada sobre la actitud de los niños destinados al sacrificio. Tratando sobre los ritos ligados al crecimiento del maíz, señala que cuando las mieses estaban crecidas se compraban, "haciendo derrama por el pueblo entre los señores y principales", cuatro pequeños que "ponían en una cueva y les cerraban la entrada, y allí les hacían morir de hambre y miedo; que sería mucho por razón de ser ya de seis o siete años y tener algún discurso de las cosas".³²

Ninguna otra consideración o conjetura esboza el cronista, quien, por otra parte, se explaya imaginando los encontrados sentimientos que habían de albergar las madres de los pequeños mientras veían acercarse la fecha de sacrificio, pues a su cargo quedaban aún después de haber sido comprados.³³ Sahagún, tratando sobre lo mismo, disculpa a los padres atribuyendo tal crueldad a Satanás, quien les persuadía "a tan infernal hazaña".³⁴

La muerte en batalla, especialmente la de los señores, constituye

31 Sahagún, ob. cit.: 142-144.

32 Torquemada, ob. cit., v. III, lib. VII: 180-81. Sobre sacrificios de recién nacidos véase también el libro X: 364-66, 386.

33 Ibid.

34 Sahagún, ob. cit.: 100.

otro apartado donde encontramos datos sobre el tema en estudio. Como era de esperar, dos tipos de actitud se hacen explícitos en los testimonios: la de aquellos que se enfrentaron valerosamente al trance y la de quienes, aún mediando la esperanza de acceder al paraíso de los guerreros tras la muerte, dieron ante él muestras de cobardía.

Debe anotarse que no siempre se corresponden la presencia de ánimo entonces mostrada con la calidad misma del actor. Así, hablando sobre los señores mixtecos que después de matar a traición a algunos mexicanos se aprestaban a resistir la venganza de Moctezuma Ilhuicamina, asienta el cronista que

*se defendían como los que sabían que eran dignos de muerte, cuando fuesen habidos a las manos; porque diferentemente pelea el que sabe que puede alcanzar perdón cuando le venzan, que el que sabe que ha de morir aún después de vencido; porque éste, con la certidumbre de su muerte, procura dejarla bien vengada.*³⁵

La actitud noble de quien prefiere la muerte antes que traicionar a los suyos se hace patente en el caso del hermano de este mismo Moctezuma, el cual

*fue preso en la provincia de Chalco, y queriéndolo hacer rey, le enviaron recaudos bien comedidos y obligatorios, y que él, viendo su porfía les dijo, que si en efecto querían alzarle por rey, levantasen en la plaza un madero altísimo y en lo alto de él le hiciesen un tabladillo donde él subiese (creyendo era ceremonia de quererle más ensalzar), lo cual pusieron así por obra, y juntando él todos sus mexicanos alderredor del madero, subió en lo alto con un ramillete de flores en la mano y desde allí habló a los suyos de esta manera: ¡Oh valerosos mexicanos, éstos me quieren alzar por rey suyo, mas no permitan los dioses que yo por ser rey haga traición a mi patria, antes quiero que aprendáis de mí a dejaros antes morir que pasaros a vuestros enemigos! Diciendo esto se arrojó haciéndose mil pedazos.*³⁶

Otro tanto puede colegirse del segundo señor de Tlatelolco, Tlacateotl, quien, habiendo sabido por medios sobrenaturales que sólo

35 Torquemada, ob. cit., v. I, lib. II: 286.

36 Torquemada, ob. cit., v. I, lib. II: 236.

con su muerte quedaría libre su ciudad del peligro que le amenazaba, dando el aborrecimiento en que le tenía Moctezuma, respondió

*que nunca sus dioses permitiesen que tal ruina por su pueblo viniese, ni que se dijese que en su tiempo había sucedido tal cosa por no querer él poner a riesgo su vida, y que quería ser el primero que muriese y ofrecerse al peligro porque su pueblo no pereciese.*³⁷

lo que cumplió yéndose a entregar al señor de Tenochtitlan, muriendo "muy alegre y contento" con tal que su pueblo viviese.³⁸

No todos, sin embargo, albergaban tan nobles sentimientos; algunos señores se negaban a entregarse como prisioneros de guerra, lo que podría impedir la ruina de los suyos; por tanto

*sus mismos vasallos le requerían que se diese; porque ni él ni ellos no pereciesen, ni perdiesen la vida, ni les asolasen sus casas y pueblos. Y si todavía porfiaba en no darse, pareciéndoles que era soberbia no darse por vencido donde el vencimiento del contrario estaba tan manifiesto, sus mismos vasallos lo mataban y trataban sus paces con el contrario.*³⁹

Era a veces la cobardía, empero, la que hacía pactar a los vasallos, como se muestra en lo ocurrido durante una batalla en que los tecpanecas parecían vencer a los mexicanos y su aliado Nezahualcoyotl. Un grupo de guerreros, desmayando, pensó entregarse y pedir merced de la vida

Oyó esta voz Itzcohuatl, y afligido con ella y viendo que desalentaban sus mexicanos, llamó a consejo de guerra a Nezahualcoyotl, Motecuhzuma y otros señores y les dijo: caballeros y amigos, ¿qué hemos de hacer a tanto desmayo como algunos de los nuestros muestran? A lo cual dijeron Nezahualcoyotl y Motecuhzumatzin, ¿qué?, que muramos y que con nuestros ojos no veamos tan grande afrenta, que muriendo peleando habremos cumplido con nuestra obligación; y si vivimos

37 Torquemada, ob. cit., v. I, lib. II: 180-81.

38 Ibid.

39 Torquemada, ob. cit., v. IV, lib. XIV: 326.

vencidos quedaremos más avergonzados que hasta aquí lo andábamos; pues en orden de morir en esta ocasión o quedar gloriosos vencedores en ella, hemos andado buscándola todos estos tiempos de atrás... y oyendo que los suyos persistían en querer rendirse/ cobraron nuevo ánimo y dijeron todos juntos: vamos a morir, que cuando muramos será el precio de nuestra vida nuestra honrada muerte.⁴⁰

Actitud que contrasta brutalmente con la de Maxtla, el señor tecpaneca que resultó a la postre vencido, el cual

cuando se vido perdido y que ya no valía autoridad y gravedad, sino la ligereza de los pies... viendo que no podía escaparse, metióse en unos baños... pero como le buscaban muchos y con ansias de hallarle, dieron con él en aquel lugar, donde le mataron a pedradas y palos.

De esta manera acabó Maxtla y su imperio, muriendo muerte tan abatida y afrentosa, y mandaron los reyes echar su cuerpo a las aves, que se lo comiesen.⁴¹

Así terminó la existencia del tirano, cobrando con ello venganza Moctezuma, entre otras cosas, de la muerte de Quateotzin, el celador que le dejó escapar de la cárcel aún sabiendo que habría de pagarlo con la vida y encargándole tan sólo a cambio

que si oyera decir algún día que por este caso soy muerto, que agradezca esta mi buena voluntad, y que si llegare algún tiempo a ser poderoso, se acuerde de mis hijos, que por él han de quedar descarriados.⁴²

De las varias notas de Torquemada sobre muertes acaecidas a lo largo de la conquista española, entresacamos algunas que nos parece ilustran las diversas actitudes de los cercados indígenas.

El desprecio ante una vida de vencidos se hace de nuevo patente en la batalla dada a los españoles en Cholula, cuando, sitiados en una torre,

40 Torquemada, ob. cit., v. I, lib. II: 197.

41 Torquemada, ob. cit., v. I, lib. II: 198.

42 Torquemada, ob. cit., v. I, lib. II: 194-95.

los sacerdotes prefirieron despeñarse antes que rendirse "porque así lo tenían de muy antigua costumbre, por ser indómitos y contumaces, rebeldes y de cerviz muy dura, teniendo por blasón morir muerte contraria a la de otras naciones, arrojáronse de cabeza". Otros murieron abrasados por el fuego que pusieron los españoles al sitio.⁴³

Por su parte, Quauhpopoca y otros señores, sentenciados a morir por haber ultimado a algunos de los invasores, se presentaron gallardos al suplicio de la hoguera, después de hacer oración a sus dioses.⁴⁴

Contradictorias son las versiones que recogió nuestro cronista sobre la muerte de Moctezuma, pero aquella que él da por cierta señala que el tlatoani, siendo requerido para recibir el bautismo y salvar así su alma,

respondió que por media hora que le quedaba de vida no se quería apartar de la religión de sus padres... Jamás consintió paño ni cosa sobre la herida, y si se los ponían, muy enojado se los quitaba, deseándose la muerte.

Pero ni siquiera esta actitud le eximió del desprecio de sus vasallos, quienes se sentían traicionados.⁴⁵

Enviados algunos conquistadores a pacificar ciertos pueblos alzados en el camino hacia Veracruz, con objeto de mantener libre esta vía en caso de que la fuga se hiciese necesaria, prendieron a cuarenta indios "los más culpados y crueles, y metiéndolos en un patio para matarlos, ellos de buena gana se desnudaron y hicieron un baile y alegremente aguardaron la muerte, cantando y encomendando sus almas a sus dioses".⁴⁶ Señal inequívoca de la prestancia con que los vencidos se enfrentaban a la muerte, pero que no era generalizada; tal se desprende de lo mencionado en el caso de Xicotencatl quien, "aunque orgulloso y valiente, murió con poco ánimo", al menos al decir del cronista.⁴⁷

43 Torquemada, ob. cit., v. II, lib. IV: 138-39.

44 Torquemada, ob. cit., v. II, lib. IV: 174-75.

45 Torquemada, ob. cit., v. II, lib. IV: 213-215.

46 Torquemada, ob. cit., v. II, lib. IV: 242.

47 Torquemada, ob. cit., v. II, lib. IV: 271-72.

Sitiada ya la ciudad de Tenochtitlan, los casos de arrojo se multiplicaron; así,

*un indio, de gran cuerpo, con espada y rodela de Castilla muy empenachado y galán, pidió por la lengua a Cortés que le enviase algún castellano con quien quería pelear, porque muerto por mano de hombre valiente, tendría contento, y venciéndole, quedaría con gloria.*⁴⁸

Otros parecían preferir la muerte antes que continuar soportando las desdichas del asedio, pero ello sólo por momentos

*pedían la muerte, solicitaban que los acabase de presto. Ciertos principales pidieron apriesa que llamasen a Cortés, dijéronle que pues era hijo de el sol, que con tanta brevedad en un día una noche daba vuelta al mundo, que ¿por qué tardaba tanto en matarlos? Porque aunque la muerte era temerosa, sabían que había de ser tan mala vida que sería peor que ella; y que por tanto usase con ellos tanta clemencia que los acabase presto porque saliesen de tanta desventura.*⁴⁹

Pedían pues, la gracia de una muerte, aunque rápida, honrosa; de ninguna manera imploraban merced de la vida. Por ello, cuando Cortés les ofreció libertad a cambio de la rendición, mataron al mensajero.⁵⁰ Y la misma actitud se transparenta en la postura de Cuauhtémoc cuando, tras ser capturado, dijo

*muy reportado, que había hecho cuanto había podido por defender a sí y a los suyos; y que si los dioses le habían sido contrarios que no tenía la culpa, que su prisionero era, que hiciese su voluntad. Y poniendo la mano en el puñal de Cortés le dijo que le matase, que iría muy consolado adonde sus dioses estaban, especialmente habiendo muerto a manos de tal capitán.*⁵¹

Ni sumisión, ni súplica; el último **tlatoni** se mostraba fiel producto producto de su cultura: aceptaba conforme el destino que los

48 Torquemada, ob. cit., v. II, lib. IV: 298.

49 Torquemada, ob. cit., v. II, lib. IV: 306.

50 Ibid.

51 Torquemada, ob. cit., v. II, lib. IV: 309.

dioses le habían señalado.

Para finalizar este apartado, abordaremos algunos casos que ejemplifican la actitud tomada ante la muerte acaecida fuera del sacrificio o la batalla.

Hablando sobre el señor de Michoacán, el Caltzontzin, se menciona que siendo ya viejo designaba de entre sus hijos sucesor, el cual comenzaba a gobernar en vida suya "para que se facilitase en el mando, cobrando brío y señorío sobre los corazones de sus vasallos". Una vez enfermo su padre, acudían al palacio todos los subalternos dando al heredero el pésame de la enfermedad y ofreciéndole variados presentes. Sin embargo, una vez que el médico deshauciaba al paciente, "prohibían y mandaban expresamente que nadie entrase a hacerle visita y dejábanle solo".⁵²

Nada más refiere nuestro franciscano sobre el moribundo, lo que nos impide saber la causa última de tal aislamiento; aislamiento que sin embargo tenía su contrapartida a lo largo de las exequias, cuando se mataba gran número de servidores que habían de acompañar a su señor en la otra vida; desde la cocinera, hasta un gracioso "que tenía cargo de contarle novelas", pasando por "algunos de aquellos médicos que no le pudieron sanar, para enmendar la cura que en esta vida habían errado".⁵³

Actitud curiosa, en la que parecen mezclarse elementos de lealtad y temor ante un futuro incierto, es la atribuida por Torquemada a los criados que se ofrecían voluntariamente a acompañar al difunto "para irle a servir en aquella su jornada, porque decían que habían comido su pan y que era razón servirlo siempre; y que viviendo sería posible que el nuevo Caltzontzin no los trataría tan bien como su padre". Mientras que a éstos, empero, se les negaba el cumplimiento de tal deseo, los primeros habían de ser ayudados a emprender el poco deseado viaje. Así, tras emborracharlos "para que no sintiesen la muerte", "iban achocando/los/ con porras y macanas" al mismo tiempo que, en una pira, se consumía el cadáver de su señor.⁵⁴

52 Torquemada, ob. cit., v. IV, lib. XIII: 302-305.

53 Ibid.

54 Ibid.

Aun más política que la actuación del Caltzontzin, sancionada por la costumbre, se revela la de Nezahualcoyotl, quien después de elegir por sucesor al pequeño Nezahualpilli, en detrimento de su primogénito Acapícol, procuró la unión entre los hermanos y encargó que, para evitar disturbios en su señorío, se mantuviese oculta tanto tiempo como fuese posible la noticia de su muerte, invocándose un viaje para disimular su ausencia.⁵⁵ Velaba así, desde su lecho de muerte, por el bienestar de su pueblo.

Preocupado en cambio más por guardar su memoria, el segundo señor totonaca, Xatoton, quien como su padre y quienes le sucedieron a su vez en el trono gobernó durante curiosos y redondos ochenta años, ordenó antes de morir la construcción de un "honroso sepulcro" donde habrían también de reposar todos sus sucesores; "lo cual dejó mandado como cláusula de testamento, y fue precepto inviolable que todos sus futuros descendientes guardaron".⁵⁶

La previsora medida, aunque perpetuó su memoria, no impidió, a juicio del franciscano, que él y sus descendientes fueran a contar sus "malos días" al infierno, a diferencia de los indios conversos quienes, como veremos, se preocuparon por tomar medidas menos materiales.

¿Actitud única ante un único dios?

Como anotamos al inicio, la obra de Torquemada es rica en testimonios de muertes acaecidas durante los primeros tiempos de la época colonial, pero la inmensa mayoría de ellos atañen a sus hermanos en religión y son, por tanto, tema de otros trabajos. Las referencias a defunciones de indígenas son muy escasas y repetitivas en lo que a actitud del moribundo concierne.

Si bien el parco material nos impide generalizaciones, su misma uniformidad deja constancia, por otra parte, de una actitud común de conforme serenidad ante los designios divinos; producto, sin duda, de la nueva fe y sus postulados de ulterior resurrección y, sobre todo, de una segura recompensa a una vida virtuosa. Ya no se dependía más de una casual forma de muerte o de la arbitrariedad de los dioses para acceder al paraíso; éste quedaba ahora abierto a todos por igual.

55 Torquemada, ob. cit., v. I, lib. II: 240-41.

56 Torquemada, ob. cit., v. I, lib. III: 382-83.

No debe pensarse, sin embargo, que la seductora promesa de este democrático paraíso haya bastado para compensar en todos los indígenas el sentimiento de pérdida y desolación ante un mundo físico y culturalmente destruido; reveladoras son en tal sentido las palabras que recogiera fray Andrés de Olmos en labios de un indígena de Cuemavaca

*...pedía a su dios ser llevado de esta vida, pues ya eran esclavos y les era tomada su tierra y no estaban en su libertad; mas no porque él de corazón quisiese morir (según dijo), sino porque no podía con libertad ni a su placer vivir; y esta imprecación ha sido muy usada de los indios afligidos.*⁵⁷

Tal actitud, si hemos de juzgar por otras noticias, iba más allá de la mera imprecación; los indios se dejaban literalmente morir o incluso mataban a sus hijos para ahorrarles el sufrimiento de una existencia desgraciada.⁵⁸

Y si bien es cierto que tal actitud tomó nuevos bríos y alcanzó pleno sentido tras la conquista como lo atestiguan, entre otras, las palabras de los tlamatinime frente a Cortés:

*Si como sostenéis nuestros dioses han muerto, dejadnos mejor ya morir.*⁵⁹

la tristeza precedió —si hemos de atenernos a las crónicas— a tan doloroso hecho. Así, fray Juan recuerda que los bohiques contaron a Colón que, tras haberles sido predicha su futura ruina a manos de los conquistadores, y la destrucción de "sus acostumbrados ritos", "habían compuesto un doloroso cantar o endecha, la cual después cantaban en sus bailes o areitos, en las fiestas tristes o llorosas".⁶⁰

Pero no todo fue llorar; hubo quienes tomaron actitudes de franca rebeldía. En la Florida, después de haber dado muerte a varios religiosos y previendo ya la venganza española, los indios, al verse perdidos, "se

57 Torquemada, ob. cit., v. III, lib. VI: 128.

58 Véase lo referido para Yucatán en el mismo siglo, en González Ciceró, 1978: 119-127.

59 En León Portilla, ob. cit.: 323.

60 Torquemada, ob. cit., v. V, lib. XVIII: 433-34.

ahorcaron con las cuerdas de sus arcos y otros murieron de hambre en aquellos montes /a donde habían huído"/".⁶¹ Actitud que contrasta el cronista, indirectamente, con la de los misioneros por ellos martirizados quienes, tras la turbación inicial, dijeron a quien les advertía del inminente peligro "que no tuviese pena que ellos muriesen, pues Dios así lo quería, que ellos estaban gozosos de recibir muerte por él y por la predicación de su evangelio..."⁶² Frente a la desesperación del idólatra, la conformidad del fiel.

Es esta última la que se hace patente, y en diversas ocasiones, en los ejemplos que recoge nuestro cronista sobre la muerte de indígenas conversos, muchos de los cuales, previendo tal momento o incluso advertidos por inspiración celestial, procuraron por todos los medios posibles el bautismo o la confesión que les abrirían las puertas del paraíso, aunque para ello tuvieran que insistir ante los frailes que, cansados o atareados, les proponían administrar más tarde el sacramento.⁶³

Así, refiere Torquemada

*Cosa maravillosa es, y para bendecir a D ios, que apenas le ha dado la calentura o dolor de cabeza al indio, cuando a la hora viene por su pie a la iglesia a confesarse, y si no puede por sí mismo, por caer de golpe en la enfermedad, ruega a sus deudos y vecinos que lo lleven.*⁶⁴

Situación que contrasta, continúa, no sólo con la de los herejes, al negar el sacramento de la penitencia, sino incluso con la de los cristianos viejos, quienes, aun cercanos a la muerte, "se ha de menester usar con ellos de ruegos y buscar rodeos para persuadirles que se confiesen; cosa... de grande lástima y confusión..."⁶⁵ Y, repitiendo una anécdota narrada por Motolinía sobre don Francisco, cacique de Cuitlahuac, asienta que

61 Torquemada, ob. cit., v. VI, lib. XIX: 77-79.

62 Ibid.

63 Véanse, por ejemplo, los casos mencionados en el libro XVI: 256, 260, 262, 268, 283 y en el libro XVII: 361, 362 y 366-69.

64 Torquemada, ob. cit., v. V, lib. XVI: 266-67.

65 Ibid.

*...andando un día muy de mañana por la laguna, en un barquillo de los que ellos usan, oyó un canto muy dulce y de palabras muy admirables, y que el mismo religioso las tuvo escritas, y muchos cristianos las vieron, y juzgaron que aquel canto no había sido sino canto de ángeles, y certificábanse más en ello por haber conocido en aquel indio tan grandes muestras de cristiandad desde los principios que recibió el bautismo. Y aún dicen que desde este día en que oyó este canto fue creciendo y aprovechando mucho más en ella, hasta que llegó la hora de su fin en la última enfermedad, en la cual pidió el sacramento de la confesión, y confesándose con mucho aparejo y cuidado, y llamando siempre a D ios verdadero, murió como fiel cristiano.*⁶⁶

No todos tuvieron, sin embargo, ni la fortuna de los advertidos por dulces señales, ni la de los confirmados por cantos angélicos; a otros permitió Dios conocer el castigo que les esperaba de perseverar en el error, utilizando para ello la aparición demoníaca, con el consiguiente temor derivado de tan espantosa revelación.⁶⁷

Algunos pudieron, merced a la gracia divina, saber del momento exacto de su muerte y profetizarla, como un indígena de Zuluama, en la Huasteca

*el cual se vino, tres o cuatro días antes de su muerte, a confesar a la iglesia por sus propios pies; y diciéndole el confesor: ¿Qué pues no estaba enfermo, que para qué se quería confesar?, le respondió: Padre, yo sé que me tengo que morir agora, en breve, por eso hazme misericordia y confiésame.*⁶⁸

Este singular apego a la confesión (que sin duda requiere de un análisis profundo), resulta superado no obstante por la identificación de los indígenas para con los franciscanos, pues —a decir de Torquemada— sólo en el pueblo de San Juan Teotihuacán los naturales prefirieron dejar morir a más de veinte niños sin bautizar y sesenta adultos sin confesión, antes que aceptar quedar bajo el cargo de otra Orden, pues, asienta, los indios preferían morir o dejarse ahorcar antes que cambiar

66 Torquemada, ob. cit., v. V, lib. XVI: 223-24.

67 Torquemada, ob. cit., v. V, lib. XVI: 256-58.

68 Torquemada, ob. cit., v. V, lib. XVI: 261. Cf. también, para otros ejemplos, la p. 268 y, en el libro XVII, la 365.

de frailes doctrineros.⁶⁹ Curiosa aseveración que si bien nos muestra el cariño hacia los piadosos evangelizadores (como sin duda deseara resaltar el cronista), no deja de turbarnos si consideramos que, por aprecio a los franciscos, los indígenas ponían en riesgo la propia salvación mostrando con ello, en alguna medida, el titubeante fundamento teológico de una superficial evangelización.

Si los dioses prehispánicos fueron capaces de motivar en sus fieles una actitud generosa para desprenderse de la vida, obteniendo a cambio el más espléndido de los paraísos, la nueva religión no le fue a la zaga. Así, los recién conversos se mostraron igualmente generosos, al grado de llegar a la ofrenda de la vida.

Y que la acción era meritoria se hace patente en el hecho de que varios de ellos fueron niños. Ya no se trata de los pequeños temerosos que mueren de hambre y miedo en una cueva ofrendados a los ídolos, sino de otros de su misma edad que, a pesar del tormento y el dolor, a veces infligidos por sus propios padres, tenían aún valor de sufrir con paciencia e incluso de agradecer a sus verdugos el hacerles morir por la nueva fe. Resaltando el hecho de la resistencia física que mostrara uno de estos pequeños, el hijo del cacique Acxotecatli, del señorío de Atlyhuetza, lo atribuye el cronista a milagro; y refiriéndose a su entereza, anota: "No hay corazón niño cuando Dios es el maestro, y los que parecen pequeños en edad son muy hombres en el juicio, si Dios es la luz que los guía y ampara".⁷⁰

Algo más debe tenerse en cuenta: que si bien es cierto, como afirma el cronista, que su corta edad es motivo de admiración, no debe olvidarse que eran en aquel entonces ellos, los niños, los más capaces de adherirse con vehemencia a la nueva fe; claramente asienta el propio Torquemada que los adultos estaban "en aquel tiempo /los años posteriores a la conquista/ ...como atónitos y espantados de la guerra pasada, de tantas muertes de los suyos, su pueblo arruinado; y finalmente de tan repentina mudanza y tan diferente en todas las cosas /que/ sin duda se quedarán con lo que de sus antepasados sabían, o a lo menos con dificultad o tarde fueran entrando en los oficios de los españoles", si los religiosos no hubiesen puesto especial empeño en

evangelizarlos.⁷¹ Por ello mismo, optaron por dedicarse preferencialmente a los pequeños.

Los menores asimilaron con relativa facilidad el mensaje evangélico y fueron útiles colaboradores de los frailes, quienes en ocasiones tuvieron incluso que refrenar el celo de sus discípulos, los cuales, encendidos del mismo fervor religioso, llegaron tanto a matar⁷² como a ofrecerse a la muerte, mostrando el mismo desapego a la vida, en aras de la conversión de los otros, que sus propios maestros. ¿Qué diferencia formal hay, en efecto, entre las acciones emprendidas por los religiosos y los infantes de Tlaxcala para destruir ídolos? Ciertamente es que los primeros no sólo se ofrecían a la muerte sino que "la andaban buscando con ansias y suspiros",⁷³ pero en ambos concurren las tres causas que el cronista arguye como indispensables para poder hablar de martirio.⁷⁴ Y los jóvenes debían además soportar las presiones de sus mayores y las burlas que les hacían, llamándolos despectivamente sirvientes de los frailes.⁷⁵

Ante la ambigua respuesta de muchos indígenas hacia la nueva religión, esos indios que confesaban estar aún *nepantla*, es decir, "en medio", acudiendo tanto a la protección del nuevo como a la de los antiguos dioses,⁷⁶ y situados en el extremo opuesto, aunque encendidos del mismo celo de aquellos que al amparo de la oscuridad y con riesgo de la vida seguían siendo fieles a las deidades sólo aparentemente vencidas,⁷⁷ el ejemplo de los niños tlaxcaltecas sirve admirablemente a Torquemada para mostrar cómo los pequeños habían sido capaces de adherirse a la nueva religión hasta en su última y más penosa consecuencia; aquella que, dando un giro total en las actitudes prehispánicas hacia la muerte, no dudaba en sacrificar lo que antes fuera

69 Torquemada, ob. cit., v. VI, lib. XIX: 26, 38 y 43.

70 Torquemada, ob. cit., v. V, lib. XV: 133.

71 Torquemada, ob. cit., v. V, lib. XVII: 316.

72 La referencia va, por supuesto, al famoso caso protagonizado en 1524 por los niños de la escuela de Tlaxcala, quienes dieron muerte a un sacerdote de Ometochtli. (Torquemada, ob. cit., v. V, lib. XV: 102-107).

73 Torquemada, ob. cit., v. VI, lib. XXI: 423-25. Sobre los niños, lib. XV: 132-137.

74 Ibid. Véase también el v. V, lib. XV: 147, donde demuestra cómo tales causas forzadas para hablar de martirio se dieron en el niño Cristóbal.

75 Torquemada, ob. cit., v. V, lib. XV: 103ss.

76 Caso ocurrido a Durán, en Uchmany, 1982: 118.

77 Véanse al respecto, para el altiplano y durante los primeros años de la Colonia, los casos referidos en el citado trabajo de Uchmany.

la única posibilidad de gozo: una prolongada permanencia sobre la tierra, con tal de dar testimonio de amor, porque

*el amar el hombre a otro en ninguna cosa tanto se muestra... como en dar por él su vida... porque ninguna cosa hay más amada, ni tanto, como la propia vida... Cuanto tiene dará el hombre por guardar y conservar su vida; y ninguna cosa más teme que la muerte, que de todos los trabajos es el más horrible y terrible.*⁷⁸

78 Torquemada, ob. cit., v. VI, lib. XXI: 423.

AUTORES CITADOS

- De la Garza, Mercedes
1978 **El hombre en el pensamiento religioso náhuatl y maya**, Centro de Estudios Mayas, IIF, UNAM. México (Serie Cuadernos, núm. 14)
- González Cicero, Stella María
1978 **Perspectiva religiosa en Yucatán. 1517 - 1571**, El Colegio de México, México. D.F.
- León Portilla, Miguel
1979 **La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes**, 5ta. Edición, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM. México (Serie de Cultura Náhuatl. Monografías: 10)
- Relaciones Histórico Geográficas de la Gobernación de Yucatán**
1983 Edición de Mercedes de la Garza et alius, paleografía de María del C. León C., Centro de Estudios Mayas, IIF, UNAM. México. (Serie Fuentes núm. 1)
- Sahagún, Bernardino de
1979 **Historia general de las cosas de la Nueva España**, 4ta. Edición preparada por Angel María Garibay, Editorial Porrúa S.A. México D.F. (Colección Sepan Cuantos núm. 300).
- Soustelle, Jacques
1955 **La Vie Quotidienne des Aztèques a la Vaille de la Conquête Espagnole**, Librairie Hachette, Paris.
- Torquemada, Juan de
1975-1983 **Monarquía India. De los veinte y un libros rituales y Monarquía Indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras maravillosas de la misma tierra**, 3a. edición en 7 vols, bajo la coordinación de Miguel

León Portilla, Instituto de Investigaciones Históricas,
UNAM. México (Serie de historiadores y cronistas de
Indias: 5)

Uchmany, Eva Alexandra

1982 "Cambios religiosos en la conquista de México", en
**Cambio religioso y dominación cultural. El impacto del
islam y del cristianismo en otras sociedades.** David
Lorenzen (Compilador), pp. 81 - 124, El Colegio de
México. México D.F.

Wachtel, Nathan

1976 **Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista
española (1530 - 1670)**, Alianza Universidad. Madrid.